

# Trescientos años de Real Academia Española no son nada en medicina

Javier González de Dios\*

El lenguaje es el bien más precioso y a la vez el más peligroso que se ha dado al hombre.

(Friedrich Hölderlin)

## El brillo del español en literatura, translúcido en ciencia

Acabamos de conmemorar el tricentésimo aniversario de la concesión de cédula otorgada por el rey Felipe V a la Real Academia Española (RAE), documento fundacional que situó esta corporación bajo su «amparo y real protección»<sup>1</sup>. El español es una lengua hablada por más de quinientos millones de personas, lo que la convierte en la segunda lengua del mundo en número de hablantes nativos, el segundo idioma de comunicación internacional y el tercer idioma más utilizado en internet<sup>2</sup>. No está mal para cuidarlo un poco.

Desde los iniciales primeros pasos del castellano durante el siglo X en el *scriptorium* de San Millán de la Cogolla, muchos personajes le han dado lustre, más en la literatura que en la ciencia y tecnología. El castellano cogió brillo en tiempos pasados y, como nos recuerdan, se hizo norma con Nebrija, poesía con Garcilaso, novela con *El Lazarillo*, comedia con *La Celestina*, melancolía con Jorge Manrique, romance con *El Cid*, perfección con Fray Luis y universal con Cervantes. El castellano sigue brillando desde el siglo XX: once veces han repicado las campanas del español en Estocolmo, la catedral del Nobel de Literatura; once veces a lo largo de un siglo, nuestro idioma nos supo a gloria y nuestras sílabas milenarias dieron la vuelta al mundo y resonaron mucho más allá de aquel lugar de La Mancha del que los académicos suecos sí quisieron acordarse. Once veces un apellido hispano de pura cepa fue galardonado con el Premio Nobel: es el caso de los españoles José Echegaray (1904), Jacinto Benavente (1922), Juan Ramón Jiménez (1956), Vicente Aleixandre (1977) y Camilo José Cela (1989); los chilenos Gabriela Mistral (1945) y Pablo Neruda (1971); el guatemalteco Miguel Ángel Asturias (1967); el colombiano Gabriel García Márquez (1982); el mexicano Octavio Paz (1990) y el peruano-español Mario Vargas Llosa (2010)<sup>3</sup>.

Por otro lado, existen más de 900 000 médicos y profesionales biosanitarios que ejercen la medicina y se comunican entre sí utilizando el español en más de veinte países, lo que hace necesario proporcionar a la sociedad médica hispanohablante unos criterios uniformes que impidan la dispersión lingüística y posibiliten la consolidación de un lenguaje médico común<sup>2, 3</sup>, todo ello en un momento en el que el inglés es la lengua de intercambio científico internacional por excelencia. Es evidente que no podemos atrincherarnos en las fronteras de

nuestro propio idioma, pero estamos en unos tiempos en que la implantación del inglés como lengua franca en la comunicación científica en general, y médica en particular, requiere un esfuerzo para adaptar al idioma español los neologismos que surgen del avance y desarrollo de la investigación. No cabe duda, pues, de que la defensa de la propia lengua como seña de identidad es esencial, porque de ella depende no solo la lengua sino también la identidad. Y ello es especialmente cierto y necesario cuando se está en situación de desventaja o de minoría. Tal es la situación del español médico respecto al inglés. El español no debe sucumbir ante el enorme empuje que en estos días tiene la lengua inglesa; antes bien, debiendo ser lo mejor concedores posibles de ella, los médicos hispanohablantes deben defender celosamente el colosal legado del español médico, de manera que su mantenimiento en perfecto estado sea su seña de identidad<sup>1-4</sup>.

La Real Academia Nacional de Medicina (RANM) inició hace ya más de diez años la tarea de defender, divulgar y normalizar el léxico médico en español. Un primer hito en este proyecto fue la publicación en septiembre de 2011 del *Diccionario de términos médicos*, una obra que responde a la necesidad de una sociedad que habla y vive en español, y con ella sus profesionales sanitarios, que llevaban tiempo demandando una obra de referencia que sirviera de guía en el cada vez más complejo mundo del lenguaje médico. Esta es una obra con un carácter normalizador que se concreta en tres aspectos fundamentales<sup>2</sup>: a) aclarar conceptos dudosos y denominaciones equívocas; b) contribuir a la corrección del lenguaje médico, señalando errores frecuentes y la forma de corregirlos; y c) proponer términos españoles que eviten el uso innecesario de anglicismos o sugerir la mejor forma de adaptarlos.

Tras este reto, se abre otro nuevo, puesto que la RANM ha iniciado una nueva etapa en la que se marca como uno de sus objetivos prioritarios defender la terminología médica en español, y extiende su ámbito de trabajo a toda la comunidad hispanohablante a fin de articular y promover con las academias hispanoamericanas, a través de la Asociación Latinoamericana de Academias Nacionales de Medicina, la conservación y el enriquecimiento de nuestro patrimonio lingüístico, que culminará en el futuro con la elaboración de una nueva obra todavía más ambiciosa: el *Diccionario panhispánico de términos médicos*. Para ello se firmó, en septiembre de 2012, un protocolo de actuación por parte de la Asociación Latinoamericana de Academias Nacionales de Medicina, España y Portugal (ALANAM) para elaborar el citado *Diccionario panhispánico de términos médicos*. A propuesta de la RANM,

\* Servicio de Pediatría del Hospital General Universitario de Alicante y Departamento de Pediatría de la Universidad Miguel Hernández, Alicante (España). Dirección para correspondencia: [javier.gonzalezdedios@gmail.com](mailto:javier.gonzalezdedios@gmail.com).

el nuevo proyecto nace para lograr la consolidación del español como lengua de comunicación científica de primer orden<sup>2</sup>.

El español, en tanto que vehículo de transmisión de los avances científicos, ha sufrido los avatares propios de la historia, que no lo explica todo, pero sí nos dice mucho sobre el devenir de los acontecimientos. El prestigio que tiene el español como lengua de literatura, de cultura y de importancia demográfica o política no nos debe hacer olvidar su carencia de prestigio como lengua de ciencia y tecnología, como lengua de negocios o como lengua de comunicación en entornos profesionales. De hecho, las publicaciones en español en ciencias naturales y en tecnología representan solo un 0,5% de la producción mundial, una cifra que es ligeramente mejor en ciencias humanas —casi el 3%—<sup>5,6</sup>. La segunda lengua materna del planeta —con un 7% de la población mundial que la habla, un 10% de los países del mundo— produce únicamente el 0,5% de la literatura científica total y ocupa el quinto lugar en materia de edición y presencia en la red —el español representa casi el 6% de las páginas web del mundo, lejos del alemán o japonés, por ejemplo—. Cabe tener en cuenta que el número de revistas científicas de España que aparecían en el *Journal Citation Report Science Edition* en 1997 eran 16 —un 0,37% del total de revistas en este repertorio— y en 2012 era de 76 —un 0,80%—. Es decir, pese a que España ha conseguido en quince años multiplicar por cinco el número de sus revistas que aparecen este índice, no se llega al 1% del total de revistas en este prestigioso repertorio.

La ciencia y la tecnología se han desenvuelto tradicionalmente en España en un clima de atonía y falta de estímulos sociales, de ausencia de instrumentos que garantizaran la eficaz intervención de los poderes públicos a la hora de programar y coordinar los escasos medios con que se contaba, de falta de conexión entre los objetivos de la investigación y las políticas de los sectores relacionados con ella. En este ambiente, el idioma no es principal problema, pero sí representa un problema, sobre todo si no lo cuidamos.

### El español en medicina, mucho por mejorar

En el siglo XXI somos protagonistas directos del paso a la nueva sociedad del conocimiento y la información. Los cambios en los soportes de comunicación acaecidos en el último medio siglo al amparo de las nuevas y modernas tecnologías de la información y la comunicación han creado un nuevo orden, pero se trata de un orden tan complejo que, si carecemos de reglas para manejarnos en él, se corre el riesgo de caer en el caos informativo y formativo.

En los tiempos que corren, casi todo conocimiento médico se transforma en información; en menos ocasiones, la información se convierte en conocimiento y dicho conocimiento, en acción para mejorar la práctica clínica. Al amparo de las nuevas tecnologías, los conceptos de información y de comunicación se han transmutado al haberse modificado las dimensiones del tiempo y del espacio sobre los que se han sostenido tradicionalmente. Si algo define este nuevo escenario es la velocidad con que la información se genera, se transmite y se procesa: es lo que se ha dado en llamar «inforización»<sup>7</sup>.

La comunicación es esencial en la naturaleza y práctica de toda ciencia, también en la ciencia médica, y casi una obligación de carácter ético. La comunicación científica forma parte de todo un proceso social y cultural: científicos, médicos y profesionales sanitarios de toda índole, periodistas y otros agentes integrantes de la comunicación institucional, sociedades de pacientes y población general, todos participan en el proceso de comunicación social de la ciencia, que no se restringe únicamente al artículo publicado en revistas científicas, sino que también se plasma en libros, sesiones hospitalarias, ponencias de congresos, aulas universitarias, folletos informativos, vídeos, documentales, prensa —ya sea general o especializada—, etc.

En todo proceso comunicativo reconocemos los siguientes elementos: la fuente, el mensaje, el canal y el destinatario. Todos ellos deben funcionar bien para que la comunicación se establezca y el mensaje llegue a su destinatario y cumpla su función. Mediante la comunicación científica los científicos y los investigadores crean, distribuyen, usan y conservan sus trabajos, y en ella cada elemento tiene unos protagonistas determinados que emplean un lenguaje propio: el lenguaje científico o científico-técnico, que, a diferencia del lenguaje literario, debe cumplir unos requisitos mínimos de objetividad, rigor y claridad.

La ética de la comunicación científica obliga a los científicos a reunir y transmitir información. En el caso concreto de la comunicación médica, se reúne y transmite información para promover el avance del conocimiento, el bienestar social y la salud de los pacientes: publicar es algo connatural al trabajo del científico. No se trata simplemente de que la publicación continua de artículos de muy heterogénea calidad sea uno de los requisitos exigibles para hacer currículum en la carrera científica, sino de que los resultados de las discusiones por el establecimiento de una verdad determinada dentro del campo científico exigen ser publicados, hechos públicos, para que cobren realidad y legitimidad. Hacer ciencia es sinónimo, por tanto, de hacer públicos los resultados de las investigaciones. Dicho de otra manera: hacer ciencia es sinónimo de publicar.

Para evitar la temida «inforización» no es necesario publicar más, sino publicar mejor. Toda comunicación científica debe ser correcta en fondo y forma. El fondo se refiere a cuidar la calidad de la información y tiene tres características clave: rigurosidad científica, accesibilidad y pertinencia. La forma se refiere al empleo de un lenguaje correcto y ha de perseguir un triple objetivo<sup>8</sup>: cultivar las cualidades —fluidez, claridad, concisión, sencillez y atracción—, evitar los defectos —artificio, vacuidad, pretensión, monotonía y ambigüedad— y tener en cuenta los errores —abuso de siglas, extranjerismos, barbarismos, redundancia y problemas gramaticales de morfología y puntuación—. Las palabras son la herramienta del escritor y, por ende, del científico: el empleo de la palabra exacta, propia y adecuada es una regla fundamental del buen estilo científico.

El idioma universal de la ciencia en los siglos XVII y XVIII fue el francés; en el siglo XIX y principios del XX, el alemán; y es evidente que en los siglos XX y XXI el idioma de la ciencia y

los científicos es el inglés. En un momento en el que está claro que el inglés es el idioma de la ciencia médica y en el que algunos idiomas de países importantes en ciencia, tecnología y economía —como el francés, el alemán o el japonés— se plantean difundir sus revistas en inglés, y no en sus respectivos idiomas, el español parece poder pervivir en biomedicina por disponer de un espacio común con los países latinoamericanos. Han surgido muchas iniciativas para cuidar el español como idioma de la ciencia, pero citaremos tan solo cuatro a modo de ejemplo<sup>7</sup>:

- El proyecto MEDES (Medicina en Español) de la Fundación Lilly para cuidar, apoyar y promover la publicación biomédica de calidad y en español
- La asociación Tremédica y la revista especializada *Panace@*, que incluye recursos para los profesionales de la traducción, redacción, edición, corrección de estilo, terminología, lexicografía y demás actividades conexas en el campo de la medicina y de sus ciencias afines
- El *Diccionario de términos médicos* de la Real Academia de Medicina publicado en 2011, con 52 000 entradas, 66 000 acepciones y 40 000 remisiones internas
- El *Diccionario de dudas y dificultades de traducción del inglés médico* publicado en 2013, tercera edición del conocido como *Libro rojo* de Fernando A. Navarro, actualmente accesible en línea en la web de Cosnautas.

Actualmente nos enfrentamos a varios problemas respecto al buen uso del español en medicina: está claro que el español no es el idioma *oficial* de la medicina ni de la ciencia en general, un papel que desempeña hoy el inglés. Además, la situación actual del lenguaje médico es complicada: en general, los médicos y sanitarios no escribimos bien, pues nuestros conocimientos de ortografía, sintaxis y redacción dejan mucho que desear, como queda de manifiesto en los textos científicos y aún más en la web.

El ideal de la escritura biomédica es conseguir un texto final vigoroso, sin exceso de peso, pero no falto de él. El estilo científico es algo que se aprende caminando, como casi todo en la vida, pero se parte de una posición inicial en desventaja, pues el análisis de textos científicos pone de manifiesto la baja calidad de los mismos<sup>8</sup>. En pocas palabras, la expresión y la redacción científicas están repletas de defectos, entre los que se encuentran la monotonía, la ampulosidad, la jerga, la ambigüedad, la imprecisión, la falta de claridad, el abuso del gerundio y de la voz pasiva, la invasión de extranjerismos —principalmente anglicismos—, el uso no coherente de la puntuación y la pobre construcción de frases, etc.<sup>8,9</sup>.

En el proceso de revisión por pares, se encuentran no pocas veces más problemas de forma que de fondo. Y, aunque muchas editoriales disponen de correctores de estilo, lo cierto es que en muchas ocasiones precisamente el mal uso del lenguaje suele ser la parte más ardua de una revisión y lo que favorece el rechazo del texto para su publicación.

Cuidar la forma del artículo, es decir, respetar escrupulosamente las instrucciones específicas de la revista, disponer

bien las secciones, contar con una prosa limpia, bien organizada y coherente, es el mejor atributo para realzar el fondo científico del trabajo y, en último término, favorecer la aceptación del mismo, facilitar su lectura y conseguir que el mensaje del estudio llegue a sus receptores<sup>8,10,11</sup>.

### **El español en la era de internet: la nueva piedra de Rosetta**

Aunque se aboga por un adecuado uso del lenguaje en cualquier ámbito, también en los recursos de internet, hay que reconocer que esto no deja de ser una entelequia. El uso ha propiciado la aparición de palabras en las que las vocales brillan por su ausencia, abreviaturas y signos matemáticos por doquier y una seguidilla de caritas hechas con símbolos del teclado y letras que se interpretan con la misma velocidad con que se escriben. Nos movemos con un lenguaje de códigos que ya resulta imparable tras haberse instalado con fuerza en aplicaciones como WhatsApp, omnipresente en los dispositivos móviles. Una comunicación más rápida, divertida y efectiva para quienes lo dominan, sin duda, pero con consecuencias nefastas, e impredecibles en el futuro, para la gramática, la redacción y la expresión de ideas y de un correcto pensamiento, tanto abstracto como concreto<sup>7</sup>.

Todos, también los médicos, empleamos a diario este lenguaje y este jeroglífico del siglo XXI a través de Twitter, Facebook, WhatsApp o, incluso, en los correos electrónicos. A medida que este nuevo lenguaje se extiende, peligran la gramática y la sintaxis, y se hace más ardua la búsqueda de un lenguaje médico y científico fluido, claro, conciso, sencillo y atractivo. Si todo ello supone un riesgo para los que aprendimos las normas de redacción cuando todo esto no existía, no es difícil pensar hacia dónde vamos con las nuevas generaciones<sup>7</sup>.

La situación del lenguaje médico en el actual mundo de internet, con todas sus distintas modalidades de web (1.0, 2.0 o 3.0), es complicada, pues lo es también la situación global en la que nos hallamos. Y es que, por lo general, los médicos y los sanitarios en conjunto no solemos escribir bien; nuestros conocimientos de ortografía, sintaxis y redacción dejan mucho que desear, como demuestran muchos textos científicos. La situación futura del lenguaje médico en internet es incierta, ya que este entorno comunicativo de inmediatez y prisas en el que nos movemos no es el mejor ambiente para que madure el buen uso del lenguaje. Las palabras son la herramienta del escritor y, por ende, del científico: el empleo de la palabra exacta, propia y adecuada es una regla fundamental del buen estilo científico. Hoy por hoy, los científicos, los sanitarios, los médicos y todo el personal sanitario debemos aprender a escribir y a traducir mejor. En internet podemos quedar atrapados en una red que nos puede acompañar al cielo del lenguaje médico... o al purgatorio. El tiempo lo dirá.

### **Próximos pasos en años venideros: revoluciones y evoluciones**

El futuro del español como lengua de transmisión de los avances científicos deberá ir unido, sin duda, al devenir de las cinco revoluciones pendientes en los campos de la biomedicina

cina y las ciencias de la salud en general, revoluciones que se iniciaron a finales del siglo XX y que continúan en los inicios del XXI<sup>12, 13</sup>:

1. La revolución de la red: la posibilidad de difundir la documentación biomédica por internet está generando cambios en el modo tradicional de concebir la publicación científica. Internet presenta ventajas en la investigación y la práctica clínica, dado que permite acceso libre y universal a bases de datos y el intercambio de textos, imágenes y vídeos. La publicación en español tiene que potenciar este camino en todos los sentidos, porque calidad y difusión son compatibles, y ello pasa por:
  - Mejorar la edición en internet de las publicaciones en español, reconociendo el valor de los repertorios de interés de las revistas electrónicas para la búsqueda, recuperación y actualización del conocimiento.
  - Utilizar todo el poder de difusión que tiene la red, especialmente la web 2.0 o web social, para dar a conocer las publicaciones en español, con los recursos de comunicación de la propia red: blogs, tuits, redes sociales, sindicación de contenidos RSS, agregadores, *podcasts*, *videocasts*, *wikis*, marcadores sociales y archivos multimedia —alojamiento y compartición de vídeos, fotografías o documentos—.
2. La revolución de la medicina basada en la evidencia —o en pruebas— como posible hoja de ruta para adecuar la información al conocimiento y el conocimiento a la práctica, con ayuda de determinadas estrategias, como la pirámide de la información de las conocidas como 6S<sup>14</sup>, es decir, una medicina en español en la que prime la calidad y la importancia de los textos, y no solo el impacto de los mismos. Para ello conviene:
  - Abogar por la publicación de buenos estudios originales en español (*studies*), pero apoyar la publicación de revisiones sistemáticas-metanálisis (*shyntesis*) y guías de práctica clínica (*systems*) como modelos más eficientes para que el médico lector pueda llevar a cabo una asistencia sanitaria basada en las mejores pruebas científicas posibles.
  - Producir y publicar más investigación útil y cómoda para los clínicos sobre la base de un conocimiento fundamentado en unidades de información con valor añadido y con la idea de compartir la investigación desarrollada a través de redes. Es deseable que estas publicaciones se originen en entidades líderes en España y en español, como por ejemplo Cochrane Iberoamericana o GuiaSalud.
  - Establecer una adecuada colaboración entre profesionales sanitarios e industria farmacéutica en pro de una investigación ética y rigurosa en español que apoye la *evidence-based medicine* y limite la *evidence-biased medicine*.
3. Con la revolución del acceso abierto debemos aprender a valorar las amenazas y oportunidades que

supone tener el control pleno sobre la publicación — crear, editar, comunicar, distribuir, reproducir, transformar— sin necesidad de que intervengan intermediarios, lo que trastoca aspectos fundamentales que atañen a la circulación del conocimiento, a su uso y disponibilidad<sup>15, 16</sup>. Aunque no hay consenso a este respecto, cabe abogar por publicaciones en español libres y en abierto, porque lo que interesa a un autor es que se lea su trabajo y a un lector, poder leerlo sin costes abusivos. Para ello se debe promover la convivencia de la suscripción tradicional con el modelo de acceso abierto, pues parece una solución factible y necesaria en los inicios del siglo XXI.

4. La revolución de las bibliotecas: se debe promover la creación de una biblioteca virtual de la salud en España similar a las de otros países —como la británica o la estadounidense—, que sirva de puerta de entrada a los recursos sanitarios más relevantes —revistas, libros, centros sanitarios, sociedades científicas— y centralice los recursos de información —acceso a bases de datos españolas e internacionales— y los recursos para bibliotecarios —catálogos, bibliotecas virtuales, guías de práctica clínica, etc.—. Para ello es necesario:
  - Potenciar la publicación en español de artículos de calidad, importancia e impacto, y apostar por la aparición de revistas españolas en los conocidos Science Citation Index, Journal Citation Reports, Medline, Scopus y otras bases de datos y repertorios internacionales. Ello implica plantear una política científica que apoye la investigación en todos los niveles: en el pregrado y en el postgrado, en los dos niveles asistenciales —atención primaria y hospitalaria—, en la práctica clínica y en la experimental, etc.
  - Promover la elaboración y el mantenimiento en España de bases de datos y repositorios rigurosos y actualizados, lo que sin duda contribuye a la difusión del español como lengua científica. Esta es una gran desventaja en nuestro país, ahora que Índice Médico Español ha desaparecido y solo subsisten dos bases de datos en medicina en español: IBES y MEDES. Se debe promover la creación de una base de datos bibliográfica científica única en España. En el caso de los repositorios vemos que esto es posible, como es el caso de **RECOLECTA** o de Recolector de Ciencia Abierta, una plataforma que agrupa a todos los repositorios científicos nacionales y que provee de servicios a los gestores de repositorios, a los investigadores y a los agentes implicados en la elaboración de políticas públicas y que nace fruto de la colaboración, desde 2007, entre la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT) y la Red de Bibliotecas Universitarias (REBIUN) con el objetivo de crear una infraestructura nacional de repositorios científicos de acceso abierto. Entre estos repositorios, podemos destacar Dialnet, uno de los más con-

- sultados del mundo y el más importante en lengua española.
- Crear herramientas adecuadas para mejorar el español científico, como por ejemplo manuales de estilo, diccionarios especializados, webs de traductores, etc.
  - Considerar que en las revistas biomédicas más destacadas de España el español puede ser un valor añadido, tanto por su calidad como por su presencia en países de Latinoamérica.
5. La revolución del conocimiento: se ha de trasladar la investigación científica al paciente, de modo que se satisfagan las necesidades de conocimiento de este. Una medicina en español que pase de la información al conocimiento y del conocimiento a la acción, para lo que se debe:
- Tener muy claro el valor del factor de impacto de las revistas biomédicas, que no se puede asociar de forma unívoca con el impacto de los investigadores. Hay que ser muy críticos con el factor de impacto —y sus *enfermedades* asociadas, desde la *impactolatría* a la *impactofobia*— a la hora de valorar a los científicos e instituciones y tener presente que, por delante del impacto, está la calidad científica y la importancia clínica de las investigaciones llevadas a cabo. Es muy deseable que este punto sea muy tenido en cuenta en las universidades y en los centros de investigación, donde el español científico no se premia, sino que más bien se penaliza.
  - Apostar por la publicación en inglés, lengua de la ciencia en nuestro tiempo sin ninguna duda, pero sin menoscabo de la publicación de calidad en español. Las distintas sociedades médicas deberían facilitar ayudas económicas para promover la traducción de originales seleccionados por aquellas. Asimismo, conviene valorar la posibilidad de publicar revistas científicas bilingües en castellano y en inglés como una forma de combinar ambas estrategias y de mejorar la difusión de los artículos.

Se trata, pues, de cinco revoluciones pendientes y de muchos pasos por dar en los años venideros si queremos conseguir que el español tenga un lugar mejor en la investigación científica y en la publicación biomédica, porque trescientos años de Real Academia son muchos, pero en realidad no son nada, ya que quedan muchas revoluciones por batallar y muchas batallas por ganar.

Para celebrar el valor de las palabras, y de las palabras en español, cabe brindar por estas revoluciones recordando este texto de Pablo Neruda, publicado en su poemario de 1974 *Confieso que he vivido*:

Todo lo que usted quiera, sí señor, pero son las palabras las que cantan, las que suben y bajan... Me prosterno ante ellas... Las amo, las adhiero, las persigo, las muerdo, las derrito... Amo tanto las palabras...

Las inesperadas... Las que glotonamente se esperan, se acechan, hasta que de pronto caen... Vocablos amados... Brillan como perlas de colores, saltan como platinados peces, son espuma, hilo, metal, rocío... Persigo algunas palabras... Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema... Las agarro al vuelo, cuando van zumbando, y las atrapo, las limpio, las pelo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes, ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas... Y entonces las revuelvo, las agito, me las bebo, me las zampo, las trituro, las emperejilo, las liberto... Las dejo como estalactitas en mi poema, como pedacitos de madera bruñida, como carbón, como restos de naufragio, regalos de la ola... Todo está en la palabra... Una idea entera se cambia porque una palabra se trasladó de sitio, o porque otra se sentó como una reinita adentro de una frase que no la esperaba y que le obedeció. Tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos, tienen de todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto transmigrar de patria, de tanto ser raíces... Son antiquísimas y recientísimas... Viven en el fètro escondido y en la flor apenas comenzada... Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos... Estos andaban a zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas, buscando patatas, butifarras, frijolitos, tabaco negro, oro, maíz, huevos fritos, con aquel apetito voraz que nunca más se ha visto en el mundo... Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus, idolatrías iguales a las que ellos traían en sus grandes bolsas... Por donde pasaban quedaba arrasada la tierra... Pero a los bárbaros se les caían de la tierra de las barbas, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras.

#### Notas

1. Miró, Óscar (2014): «300 años de historia», *Emergencias*, 26: 341-342.
2. Poch Broto, Joaquín (2014): «Español y Medicina», *Emergencias*, 26: 404-405.
3. González de Dios, Javier y Carlos González Guitián (2014): «El español como vehículo de transmisión de los avances científicos», *Emergencias*, 26: 406-410.
4. Sánchez Ron, José Manuel (2014): «Ciencia, medicina y lenguaje», *Emergencias*, 26: 400-403.
5. Prado, Daniel (2004): «¿Está preparado el español para la comunicación especializada?», en Reyes Sequera (ed.): *Ciencia, tecnología y lengua española: la terminología científica en español*. Madrid: FECYT, pp. 24-42.
6. Gutiérrez Rodilla, Bertha M. (2004): «La transmisión del conocimiento especializado en lengua española», en Reyes Sequera (ed.): *Ciencia, tecnología y lengua española: la terminología científica en español*. Madrid: FECYT, pp. 77-86.

7. González de Dios, Javier (2014): «Lenguaje médico e internet», en Bertha M. Gutiérrez Rodilla y Fernando A. Navarro (coords.): *La importancia del lenguaje en el entorno biosanitario*. Barcelona: Fundación Dr. Antonio Esteve, pp. 77-89.
8. González de Dios, Javier; M. González Muñoz, A. Alonso Arroyo y R. Alexandre Benavent (2014): «Comunicación científica (VIII). Conocimientos básicos para elaborar un artículo científico (3): la forma (cómo se dice)», *Acta Pediátrica Española*, 72: 25-30.
9. Martín Municio, Ángel (2004): «El español como lengua de comunicación científica», *Arbor*, 179: 525-540.
10. González de Dios, Javier; M. González Muñoz, A. Alonso Arroyo y R. Alexandre Benavent (2013): «Comunicación científica (VII). Conocimientos básicos para elaborar un artículo científico (2): el fondo (lo que se dice)», *Acta Pediátrica Española*, 71: e358-e363.
11. González de Dios, Javier; M. González Muñoz, A. Alonso Arroyo y R. Alexandre Benavent (2013): «Comunicación científica (VI). Conocimientos básicos para elaborar un artículo científico (1): diez pasos a seguir», *Acta Pediátrica Española*, 71: 229-235.
12. González de Dios, Javier; A. Pérez Sempere y R. Alexandre Benavent (2007): «Las publicaciones biomédicas en España a debate (II): las “revoluciones” pendientes y su aplicación a las revistas neurológicas», *Revista de Neurología*, 44: 101-112.
13. González de Dios, Javier; A. Alonso Arroyo, R. Alexandre Benavent y S. Málaga Guerrero (2013): «Análisis de debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades (DAFO) de la publicación pediátrica española a partir de un estudio cuantitativo», *Anales de Pediatría*, 78: 351-354.
14. González de Dios, Javier; J. C. Buñuel Álvarez, P. González Rodríguez, A. Alonso Arroyo y R. Alexandre Benavent (2012): «Fuentes de información bibliográfica (XIV). Sobre “fuentes”, “pirámides” y “revoluciones” en la gestión del conocimiento en Pediatría», *Acta Pediátrica Española*, 70: 289-295.
15. Melero, Remedios (2005): «Acceso abierto a las publicaciones científicas: definición, recursos, copyright e impacto», *El profesional de la informática*, 14 (4): 255-266.
16. Guerrero, Ricardo y Mercè Piqueras (2004): «Open access. A turning point in scientific publication», *International Microbiology*, 7: 157-161.

